

de lo que han cogido, y mediante esto, se les hace recibo y vuelven á entrar en Calcutta con la cabeza erguida, siendo recibidos con los brazos abiertos, y lo más que dicen del hombre que ha obrado así es: ¡*A smart boy!* (¡Muchacho muy listo!)

Mientras que permanecen forzosamente en la ciudad francesa estos señores, pues casi siempre se reúne un número bastante respetable, se dan fiestas mutuamente, y ahogan en el champagne los remordimientos que jamás han existido.

Voy á citar un hecho que tal vez parezca increíble, pues no se aviene ni á nuestras costumbres ni á nuestras ideas.

Un día un jóven negociante de Calcutta que se había hecho notable por la habilidad y suerte favorable que le acompañaba en las operaciones más atrevidas, hizo también el viaje á Chandernagor. La víspera había hecho una operación en el Banco de muchos millones de conocimientos.

La plaza se conmovió. Se habló de pedir la extradición; todos los periódicos le amenazaron con Botany-Bay, una especie de Nueva Caledonia inglesa.

Nuestro hombre no se preocupó en lo más mínimo de todo esto, y mientras que se paseaba á las orillas del Ganges frances en un carruaje á la Daumont, su procurador se ocupaba en calmar á los descontentos.

Cuando vió, al cabo de un mes, que se había apaciguado algo el furor, puso en ejecución un proyecto de una insolvencia extraña, y que en otra parte le hubiera costado caro.

Invitó á una gran fiesta á todos sus amigos de

Calcutta y á sus acreedores. La idea fué tan original, que nadie faltó á la cita; toda la aristocracia y la alta banca de Calcutta se dirigió aquel día á Chandernagor. El *gentleman* inglés desplegó un lujo verdaderamente oriental. Todas las señoras recibieron *bouquets* sujetos con broches de oro, el champagne helado corrió á rios, hubo música, iluminación, fuegos artificiales y gran cena. A las tres de la mañana, todos los caballeros de edad madura estaban debajo de la mesa, y las señoras bailaban en una sala de follaje iluminada *a giorno*, en medio de los fuegos de Bengala que iluminaban el espacio con diferentes colores.

Los convidados se fueron satisfechos, deseando cada uno al anfitrión verle pronto en Calcutta.

Nadie le hizo la menor alusión sobre sus compromisos, pues una vez admitida la invitación, se hubiera considerado esto como una muestra de la peor educación.

Algunos días después, nuestro hombre obtenía una transacción favorable, y volvía á emprender la serie de sus negocios.

Malas lenguas decían en Chandernagor que la fiesta que había dado había contribuido no poco al arreglo que había obtenido. Las señoras habían abogado por su causa, pues no querían estuviere desterrado en el territorio francés un *gentleman* tan cumplido.

Este señor y otros por el estilo cazaban y hacían frecuentes excursiones casi hasta en el territorio inglés, cuyos límites no conocían exactamente bien; pero una aventura que tuvo ocasión de presenciar los hizo más prudentes.

La señora B..., señora de calidad, abusando de

una firma en blanco durante la ausencia de su marido, sacó del Agra-Banck una suma muy importante, y fué á reunirse en Chandernagor con el hombre con quien estaba en relaciones.

Cuando volvió el marido, el Agra-Banck fué condenado á restituir la suma pagada indebidamente, y condenada la señora B... á siete años de detención.

Pero el caso no era condenarla, sino cogerla, pues como la ley francesa no reconoce el robo de la mujer al marido, y reciprocamente, no podía pedirse la demanda de extradición.

El Agra-Banck sobornó á su cochero, y un día que se paseaba por el campo sin desconfianza alguna, el vindicara se aproximó insensiblemente al territorio inglés, y de repente, poniendo sus caballos á galope, en algunos minutos franqueó la frontera. Allí estaban esperando dos agentes de policía que se apoderaron de su presa.

Desde este momento, los *banck rupts* no franquearon la línea del muelle, y los ménos atrevidos no salieron más que á pié.

A aquéllos que se asombren de verme poner en relieve las llagas vivas de la Inglaterra, responderé que por mi parte no hay en mí más que un ardiente amor de verdad y justicia, y que es tiempo de que Francia, cuya caballerosa generosidad se desconoce con frecuencia, aprenda por fin á conocer á los pueblos que la rodean, y escoja mejor sus alianzas.

He dicho que la moralidad política de los ingleses vale tanto como su probidad comercial, y añadiré que el abatimiento periódico de la Francia entra en el plan perpetuo de la Inglaterra,

plan que no se abandonará hasta el día en que otra nación pueda luchar con ella en influencia marítima.

Yo oigo repetir á cada instante:

— La Inglaterra debe arrepentirse hoy de haber consentido dejar debilitar á la Francia, pues tenemos tantos intereses comunes, que una verdadera alianza sería muy provechosa á ambas naciones.

¿A qué escuela política habrá que enviar esos hombres míopes para enseñarles que dos pueblos rivales sobre los mismos mercados, rivales en el extremo Oriente, cuya marina tiene casi el mismo poder, no pueden ser amigos sin una idea oculta, y que frente á las mismas aspiraciones, no llegarán jamás á dividirlos?

La Inglaterra con su astucia británica nos ha ido despojando poco á poco de una parte de las Antillas, del Canadá, de la isla de Francia, de la India, otras tantas joyas arrancadas de nuestra corona.

En todas las partes del mundo tengo amigos íntimos que son ingleses, y que como hombres privados valen mucho; pero muchas veces, hablando con ellos de esas cuestiones de rivalidad, me han dicho:

— Hay tres pueblos en el mundo que odiamos políticamente, porque pueden contrarestar nuestra expansión. La Francia, potencia marítima de primer orden, que el primer hombre de genio que tenga á su cabeza, sea presidente ó soberano, volverá á su antigua política colonial, que es la de Colbert. La Rusia, que, por más que diga, se encamina paso á paso hácia la India. La América,

cuya inmensa marina comercial nos hace ya concurrencia para los transportes en todas las costas.

¿No se ven trazadas en estas palabras nuestras alianzas?

La alianza inglesa es imposible: apelo á todos los que han vivido en país inglés. Nuestros vecinos nos arrastrarán consigo cuando sus intereses lo exijan, como sucedió en Crimea; pero cuando nosotros tengamos necesidad de ellos, no nos darán ni un real ni un hombre.

¿Cuándo habeis visto á la Inglaterra á nuestro lado en momentos difíciles para nosotros? Interrogad la Historia, y responded.

¿Y cuándo en contra nuestra, tanto diplomática como militarmente? Responded igualmente.

Verdad es que no se ha aprovechado de la guerra de 1870 para arrebatarnos alguna colonia. No tenemos que agradecersele, puesto que no conservamos nada que pueda tentarla, todo nos lo ha cogido ya; y la Cochinchina no está aún bastante bien colonizada para que desee apoderarse de ella, pues siempre nos ha dejado secar el yeso y acabar la casa ántes de ir á habitarla.

Nosotros tenemos derechos sobre Madagascar, esa isla espléndida que rebosa de riquezas y cuyo territorio es casi tan grande como el de Francia; pues cada vez que hemos querido hacernos reconocer por los naturales del país, ha cubierto la isla de fusiles y municiones y ha levantado algunas liebres políticas en Europa para distraer nuestra atencion.

El día en que quisiéramos seriamente apoderarnos de ese país, del que sólo un pequeño rincón nos pertenece, nos suscitaria una guerra so-

bre el continente, pues la ocupacion de esa isla entra en sus planes de dominacion marítima.

Que se recuerde si no el asesinato de Radama, el rey de Madagascar, que habia pedido la proteccion de la Francia.

Nosotros vivimos en un círculo estrecho, nuestros periódicos no nos hablan más que por casualidad de las cosas de fuera, y no sabemos ni una palabra de lo que pasa en el extremo Oriente.

A todos los puntos de esos países en que la Inglaterra no domina, envia como cónsules sus hombres políticos más hábiles con poderes ilimitados. Por doquier se afana en rebajar la Francia en el espíritu de las poblaciones, en provecho de su nacion. ¿Cuán hábilmente no se aprovechó, en perjuicio nuestro, de la guerra franco-alemana, hasta el punto de que nos vimos insultados por los cochinchinos y los malayos?

Me encontraba yo entónces en Oceanía, y no hallaba un kanaque que no me dijese en tono de compasivo desprecio:

— ¡Tirara farani! (¡Se acabaron los franceses!)

Y todo esto partia de los consulados ingleses.

Despues de la guerra de China, los periódicos de Calcutta nos representaban como mercenarios peleando á sueldo á favor de la Inglaterra.

En las hojas sueltas que el gobierno de Calcutta hizo imprimir en lengua india para los naturales del país con motivo de la Exposicion de 1867, se decia que casi todas las mercancías de esa fiesta de la industria eran inglesas.

Y cuando yo no podia ménos de decir á los ingleses:

— ¿Cómo podeis escribir semejantes cosas?

Los que no se sonreian con aire desdenoso, me respondian:

— Aquí todo el mundo recuerda Dupleix, el marqués de Bussy y sus hazañas; habeis dejado demasiados recuerdos: la India no debe volver á pensar en la Francia.

Y con todo propósito se nos representaba como un pueblo de quinto orden, viviendo á expensas de la Inglaterra.

Nuestros buques de guerra no van jamás á Calcutta; el *Foreign-office* ha hecho comprender claramente que no le agradaria.

La primera vez que los magníficos vapores de las Mensajerías francesas abordaron á Calcutta, enfurecieron á los ingleses y asombraron á los indígenas. Por poco no dicen á estos últimos que eran buques que ellos nos habian prestado.

Cuando se vió al *Erymanthe* remontar el Ganges con el pabellon de los tres colores flotando sobre su palo mayor, ir á anclar ante Garden-Rich, toda la ciudad bajó á las orillas del rio, y fué un día de legítimo orgullo para todos los franceses.

Terminaré, pues, estas digresiones, harto largas ya y que me han arrastrado léjos de Colombo, relatando un hecho que demostrará hasta qué punto habia echado raíces en la alta clase inglesa el odio hácia el nombre frances.

Una casa, cuyo nombre callaré, no por respeto hácia ella, sino para no imitarla en el papel escandaloso que jugó en el negocio, se habia comprometido con un negociante de Marsella á cargar un navío por su cuenta con ciertas mercan-

cias á un precio convenido y ajustado de antemano.

El buque salió de Francia y llegó á la India.

La casa de Calcutta, no queriendo cargarle, bien á causa de la alza de los artículos que debia enviar, bien por otra razon cualquiera, pidió un perito para inspeccionar el buque, declarando que no se fiaba en su solidez.

El cónsul general de Francia, Mr. Lombard, fué encargado de designar los tres peritos que de comun acuerdo decidieran que el buque estaba en perfecto estado para poder navegar.

La casa de Calcutta provocó ante la justicia inglesa un nuevo exámen, y los peritos ingleses declararon que el buque no estaba en estado de navegar.

El comerciante se negó rotundamente á cargar el buque.

El capitán protestó y avisó á su armador por telégrafo, recibiendo la orden de volverse en seguida á Marsella, sin hacer escala en ningun puerto intermedio, y de proveerse ántes en Calcutta de un certificado que probase que no habia tenido que hacer reparacion alguna en su buque.

A su llegada á Marsella, el buque fué sometido á una visita *oficial*, declarando que estaba en el más perfecto estado de conservacion.

No habia ya duda: el negociante de Marsella habia sido víctima de una odiosa maquinacion. Felizmente para él, el contrato se habia hecho en aquella plaza, y ademas, la casa de Calcutta tenia valores en Francia; por consiguiente, podia intentarse el proceso en Marsella.

Despues de todas las dilatorias necesarias para

la defensa, despues de escritos sin número, despues de las réplicas y dúplicas, el tribunal de comercio de esta ciudad condenó á los autores de aquel fraude, bien y debidamente probado, á la enorme cantidad de doscientos ó trescientos mil francos, como indemnizacion por daños y perjuicios.

La casa de Calcutta pagó, despues de confirmada esta sentencia en apelacion por el tribunal superior, y de haber sido desechada su instancia por el de casacion. Pero esto no le bastó, y quiso tomar su revancha. En la India inglesa con el oro se consigue cuanto se quiere. Hé aquí cómo ellos lo consiguieron.

El gobierno frances habia tomado cartas en el negocio y pedido noticias al cónsul general sobre el suceso.

El expediente judicial habia sido trasladado, á peticion del cónsul, al tribunal de comercio de Marsella.

La casa de Calcutta, bajo el pretexto de que por la dilatoria del traslado del expediente á Marsella por peticion del cónsul frances habia sido la causa de la pérdida del proceso, atacó la competencia de este tribunal y de sus magistrados: primero, porque la difamacion no era el resultado de las piezas diplomáticas y judiciales; segundo, porque la difamacion no podia achacarse al cónsul general Lombard, que no habia hecho más que transmitir los despachos, sin que en su personalidad pudiera entender el tribunal de Marsella; tercero, porque un juez inglés no tiene derecho de apreciar y de examinar la sentencia de un tribunal frances sobre hechos ocurridos en Francia;

cuarto, porque ni la personalidad del cónsul ni su carácter de tal están excluidos de la jurisdiccion de la justicia inglesa, ni comprendidos en las inmunidades diplomáticas.

Como se ve por estos considerandos, podia encontrarse un resquicio con que poder jugar una mala pasada al cónsul frances, y un inglés jamás pierde esta ocasion.

El honorable juez, en un auto concienzudamente motivado, comenzó por reconocer la difamacion, y que ésta habia podido causar gravísimos perjuicios al crédito y á la reputacion de la estimable casa de Calcutta, y sobre esta tésis, trató al cónsul frances, al representante de una nacion amiga, como un vil calumniador, sin escasearle toda clase de insultos y acusaciones.

Todos los que presenciaron el acto se quedaron asombrados al ver tanta audacia, creyendo, no sin razon, que el fallo del juez podria tal vez traer consecuencias terribles y complicaciones diplomáticas; pero el juez, con la flemma inglesa, despues de todas las diatribas contra el representante de Francia, comprendió no podia impunemente pisotear el derecho de gentes, y terminó el auto bruscamente declarándose incompetente, creyendo de este modo que, á pesar de sus injurias anteriores, no habia herido en lo más mínimo la susceptibilidad de nuestro cónsul, puesto que no le hacia sufrir una condenacion que le hubiera humillado.

¡Qué hipocresía! ¡Qué indignidad! ¡Qué abuso de la cosa más respetable y más santa, de la justicia!

Pero aún hay más: los periódicos ingleses re-

produjeron minuciosamente, no sólo la acusación, sino el auto definitivo de incompetencia del juez, con todos los insultos que éste había dirigido á nuestro representante en Calcutta, y permitiéndose comentarios impropios de la cultura de la prensa.

Mr. Lombard, de carácter dulce, conciliador, amable, justo y recto, estimado de sus amigos, respetado de sus compatriotas, al ver tales iniquidades, se sobreexcitó de tal modo, que á los pocos días cayó enfermo de un ataque de parálisis, y tuvo que volver á Francia, donde le estaba reservado por el destino un dolor, un sufrimiento más cruel.

Hacia dos años que permanecía postrado en una butaca, paralizados sus miembros y su voz, cuando su fiel y cariñosa esposa pereció, víctima del puñal del asesino Lethauvers; asesinato cuyo recuerdo hace aún erizar el cabello, y que puso fin á la vida de la digna, virtuosa y honrada esposa del cónsul Lombard.

Viajad, viajad, amigos, no en el boulevard, ni en el teatro, sino sobre el terreno, sobre el país extranjero, que es donde se aprende, donde se conocen los usos, las costumbres y la verdad de los pueblos.

Sabed que la Francia es detestada por todas partes, pues no en vano tiene el cetro del gusto, de la originalidad y de la invención. ¿Qué pueblo puede como ella mostrar al mundo una pléyada semejante de escultores, pintores, arquitectos y obreros industriales? ¿Quién ve brotar todos los años ese número prodigioso de obras literarias?

No en vano poseemos el suelo más fértil de

Europa, pues puede alimentarnos y aún le sobran productos que exportar. No en vano predicamos al mundo constantemente esas grandes ideas de fraternidad y progreso moral, que procuramos hacer penetrar en nuestras costumbres; y el extranjero que pasa por nuestro país, examinando con atención la actividad inteligente de nuestra producción, el gusto de nuestros trabajadores, nuestra afición al ahorro, nuestra verdadera honradez y el bienestar de todas las clases, siente nacer en sí la peor de las pasiones, la envidia, y se vuelve á su patria soñando con el desmembramiento de la Francia.

Solamente fuera de su país aprende el francés á conocer todas estas cosas, y hasta qué punto él no debe contar más que consigo mismo.

Pero cuando vuelva á la casa paterna, sentirá renacer poco á poco y con vigor el exclusivo amor de la patria, que por espacio de muchos años ha descuidado por ese amor de la humanidad, que no es más que cosmopolitismo poco inteligente frente á los otros pueblos que aplauden aún el derecho de conquista y las guerras de invasión.

Como conclusión diré que la mira comercial y política de la Inglaterra ha sido siempre abatir la influencia de la Francia sobre el continente, y arruinar en las demas partes del mundo nuestra prosperidad colonial.

¡Y que este objeto no ha cambiado!...

En cuanto al objeto especial que me ha hecho perder de vista durante algún tiempo las riberas de Ceylan, añadiré que el día en que la Inglaterra aplicase á esas quiebras fraudulentas las severas

y justas leyes de nuestros códigos, podría hablar de su probidad comercial. La moralidad de un pueblo se juzga por la moralidad de sus instituciones.

En Turquía, en Egipto, en todo el Oriente, en fin, las leyes que protegen la dignidad de la infancia y de la mujer contra ciertos atentados no existen. Pues bien, ¿hay en el mundo un país en donde se vean reunidos más vicios y más inmoralidad?

La revolución contra la ley y los pronunciamientos están de tal modo inmiscuidos en las costumbres de España, que todos los gobiernos que se suceden conceden infaliblemente el *indulto* á gentes que debían fusilar.

Pero es tiempo de pararme en este camino, y voy á emprender el curso de mis peregrinaciones para ofrecer á mis lectores cuadros más risueños.

Hacia largo tiempo que vagaba por las calles de Colombo, mirando los bazares indígenas, cuando, perdiendo la esperanza de encontrar á Amoudou ó al vindicara, me resigné á no verlos hasta el día siguiente por la mañana, á la hora que los tenía citados, y di orden al cochero indígena de que me llevase al hotel.

El sol declinaba rápidamente en el horizonte, y apenas me quedaba tiempo para vestirme á la hora de comer; etiqueta inglesa de que no me preservaba mi cualidad de viajero.

Tanto cuanto acrimino esta costumbre en los paradores cosmopolitas de que los ingleses tienen llenas sus colonias, tanto la encuentro natural y de buen tono en las casas particulares. El descuido en el vestir cuando se come en casa de una

persona, que algunos consideran como una muestra de independencia de carácter, es sencillamente señal de mala educación.

Durante el curso de mis largos viajes he tenido siempre en el fondo de una pequeña maleta el famoso traje negro completo, que es el mismo en todas partes.

A la hora indicada estaba en el dintel de la casa de comercio de Mr. Burton, recomendando al cochero que viniese á buscarme por la noche, cuando Mr. Burton, que avanzaba para recibirme, me dijo que el carruaje de Mr. Duphot, que había ido para conducirme á Kaltna, estaba enteramente á mi disposición.

Un elegante bogghy estaba ya enganchado delante de la puerta. Me senté al lado de Mr. Burton, y aflojando las riendas el vindicara malabar, los dos caballos se lanzaron en la dirección de la ribera.

Cuando llegamos cerca del fuerte, vasto reducto defendido por doscientas piezas de artillería, en donde están situados todos los servicios de la guerra y de la marina, y que podría acuartelar lo ménos quince mil hombres, tomamos á la derecha por un camino que contorneaba el declive, y nos encontramos de repente frente al Océano Índio, extendiéndose ante nuestras miradas el espectáculo más maravilloso que pueda concebirse.

El sol se ponía á lo léjos, iluminando con sus rayos de púrpura y oro la inmensa sábana de agua; no se veía ni una nube sobre el azul del cielo; en los límites del horizonte algunos buques cuyas blancas velas relucían á la luz, pareciendo navegar en un incendio, mientras que,

más próximos á nosotros, dos centenares de macouas ó pescadores indígenas se acercaban á la orilla.

Por el lado de tierra y sobre las altas cimas del pico de Adam, cubiertas de eterna vegetacion, los últimos resplandores del dia disminuian con vertiginosa rapidez, y la noche del ecuador, noche sin crepúsculo, habia ya extendido sobre la tierra y las olas su velo estrellado, que se apercibia aún en el Oeste una ligera línea rosada que parecia agitarse sobre las olas, último adios del astro que se levantaba ya sobre otro hemisferio.

El camino que seguíamos estaba cuajado de cyngaleses de ambos sexos que, despues de haber llevado frutos y legumbres á los bazares de Colombo, volvian á sus cabañas construidas en medio de los bosques, tarareando una cancion malabar. De distancia en distancia, bajo los grandes árboles, cuyas raíces llegaban casi hasta el mar, encontrábamos pequeñas tiendecillas de follaje en las que los tchandos ó destiladores indígenas vendian á los viajeros el arack y los licores fermentados extraidos de las palmeras y del cocotero.

En cuanto hubo desaparecido el sol, el aire refrescó súbitamente en los valles superiores de los montes Kotmales, con esas deliciosas brisas de tierra que vienen todas las noches á refrescar y embalsamar con los perfumes del canelo y del vetivert la costa Oeste de Ceylan.

Por órden de su amo, el vindicara llevaba sus caballos al paso, y como no se comia en casa de Mr. Burton hasta las ocho, teníamos tiempo de sobra para franquear las cuatro millas que separaban á Colombo de la habitacion del inglés, y

gozar del tranquilo y poético espectáculo que nos rodeaba.

—¿Qué decis de nuestras noches de Ceylan?— me dijo mi compañero, rompiendo el silencio que habíamos guardado hasta entónces.

—Nada hay que pueda comparárselas,—le respondí,—pues aquí todo se halla reunido para crear la más mágica de las situaciones: á dos pasos de nosotros las olas vienen á morir sobre la ribera con ese dulce y melancólico murmullo del Océano cuando reposa; estas brisas de la noche parecen hablar en medio de esta vegetacion incomparable; no hay un bosque que esté solitario; al pié de los árboles, el hormiguero humano ríe y canta con un descuido de la vida que acaba por contagiarnos; los morteros del carry resuenan cadenciosamente, preparando la comida de la noche, mientras que en el espeso follaje de los tamarindos y los flamboyants, los pájaros cantan mezclando sus notas agudas á esos mil ruidos que se elevan de la tierra y de las aguas. ¿Hace mucho tiempo que vivis en esta isla encantada?

—Llegué aquí hace veinte años, de segundo de un buque mercante, ligero de plata, pero ávido de hacer fortuna para volverme á la Inglaterra. Esta me ha sonreido; pero tengo una familia numerosa que educar, y como mis hijos son aún pequeños, y quiero que más adelante se queden al frente de la casa, tardaré aún algun tiempo en dejar este país, donde he luchado, he sufrido y trabajado, en donde me he casado y donde han nacido mis cuatro hijas y mis siete hijos. ¡Oh! Creo en verdad que moriré en Ceylan.

Mientras que hablaba mi interlocutor, yo le

miraba con indecible asombro. Esta expansion, esta sensibilidad, me parecian extrañas en un inglés. Habia visto siempre á sus compatriotas observar con los extranjeros, y sobre todo con los franceses, una reserva desdeñosa, y en algunas palabras mi compañero acababa de hacerme la historia de su vida. No pude ménos de hacerle partícipe de mis reflexiones.

Se sonrió y me respondió con la misma franqueza:

—Debo mi posicion actual á un frances, el padre de Mr. Duphot, que ántes de enviar su hijo á Ceylan, me encargó directamente de todos sus negocios en comision.

Hacia mucho tiempo que acariciaba la idea de establecer en Colombo un gran almacen de provisiones para la marina, y al cabo de algun tiempo de relaciones, me atreví á darle parte de mis proyectos; era un hombre muy original, que me respondió á vuelta de correo estas sencillas palabras:

•Os envío, á título de préstamo por cinco años, al interes legal de la India, una suma igual á aquélla que hubiérais podido sacar de las compras que haceis hace cuatro años por cuenta mia.»

Su carta contenia una letra de pago de cuatro mil libras esterlinas.

Cuando le devolví esta suma, me respondió que él era el que me quedaba agradecido.

Y habiéndole pedido una explicacion, me contestó:

—*My dear sir*, vuestra mujer es compatriota mia.

De repente un pequeño rio nos impidió el paso.

—Es el Kalané,— me dijo Mr. Burton.— No tardaremos en llegar.

El carruaje tomó á la derecha del curso del agua, y algunos minutos despues llegábamos al pié de un peristilo donde estaban las ayas y los niños de ambos sexos, que palmoteaban de alegría al ver llegar á su padre.

Su esposa nos esperaba en la verandah, y á las primeras palabras que pronunció su marido referentes á mí, me tendió la mano con encantadora sonrisa, y no tardamos en pasar al comedor.

Despues de comer nos reunimos en el salon y entablamos una de esas conversaciones tan agradables al viajero que vaga por en medio de los bosques, donde no se oyen más que los gritos lejanos de las fieras. Hablábamos de la patria querida y de los amigos que no tardaria en volver á ver.

Era cerca de medianoche cuando me despedí de mis nuevos amigos, y subí al coche que debia conducirme al dia siguiente á Kaltna.

El cochero era un mestizo portugues, descendiente de los primeros conquistadores del país.

Cuando le pregunté su nombre, me respondió con énfasis:

—Don Joaquin Bobosa.

No pude ménos de sonreirme al oír aquella respuesta, á pesar de que conocia hacía mucho tiempo la incomparable vanidad de todos los mestizos de esta raza.

Cuando hubimos traspasado las orillas del Kalané, el tiempo estaba tan tranquilo, la noche tan hermosa, que resolví dar un paseito á pié, rogando al *señor don Joaquin* que me siguiese con

el coche lentamente, para estar al alcance de mi voz.

De cada lado del camino habia cabañas de follaje de los tchandos, tan alegres, tan animadas y tan llenas de gente como cuando pasamos por la tarde.

Los cyngaleses, como la mayor parte de los pueblos del Indostan, son supersticiosos, y llena su imaginacion de creencias de malos espíritus, no se atreven jamás á aventurarse por la noche en sitios desiertos, como no vayan acompañados de un europeo (pues pasamos por refractarios á la accion de los demonios); pero en los sitios habitados no se retiran á descansar hasta altas horas de la noche, y emplean éstas en el juego, la bebida, el canto y las consejas sin fin, que los rapsodas ambulantes recitan todas las noches en las plazas de las aldeas ó en las callejuelas.

Hacia ya una hora que andaba á pié, asediado á cada instante por las morenas cyngalesas que venian á ofrecerme el limon envuelto en la hoja del betel, lo que es generalmente la invitacion á los dulces placeres que preside Kama, el dios del amor; y juzgando que habria ya hecho las dos terceras partes del camino, iba á subir otra vez en el coche, cuando oí á cincuenta pasos delante de mí un tumulto tal, mezclado de gritos y carcajadas, que la curiosidad me arrastró hácia el grupo de donde partia aquel ruido.

Mi nubio, lleno de cólera, enseñaba el puño á los asistentes, que se morian de risa, diciéndoles en un tamoul fantástico, al que mezclaba ciertos juramentos en frances que le eran familiares:

—Mí no tiene cabeza de carnero, ¿ois, tunan-

tes, salvajes? Mí romper las costillas á alguno.
—¡Sí por cierto, sí por cierto!—gritó la multitud con alegría.—Tienes lana en la cabeza, tienes cabeza de carnero.

—Tú vienes y todos á Chandénaguy, — continuó el negro (así pronunciaba él Chandernagor);—mí meter todos en thana (prision).

—Tiene razon, —dijo uno de los más encarnizados agresores;—no es lana lo que tiene en la cabeza, sino pelote de coco.

—¡Po, nai! (¡Atras, perros!)—dijo en este momento Amoudou, apretando los dientes y los puños como para lanzarse sobre la multitud.

El cyngales no es valiente, y ante una agresion inmediata todos retrocedieron, quedando á respetuosa distancia.

Comprendí que habia llegado el momento de intervenir para evitar complicaciones desagradables, pues aunque el estado en que se encontraba mi nubio le impedia hacer daño á nadie, temia que lo cogiera la policia indígena, y tener que ir al dia siguiente á reclamarle á la prision.

Al verme, la gente se apartó respetuosamente para dejar el paso libre.

—¡Amoudou! —le grité con autoridad.

Al oír mi voz, el negro dejó de gesticular como por encanto y se volvió del lado donde yo estaba, devolviéndole mi vista, si no la razon, al ménos bastante sangre fria para comprender mis palabras y seguirme.

En este momento el vindicara Kandassamy, que estaba medio escondido entre la maleza, al verme llegar se aventuró á salir.

—¡Saranai, doré! (¡Salud, amo!)—me dijo con

tono lacrimoso, pues el pobre diablo creía que le iba á regañar.

—¿En dónde está la cabaña que habeis alquilado?— le pregunté.

—Aquí cerquita, detras de las tiendas de los tchandos.

—¿Y cuál de los dos ha tenido la bonita idea de colocar el campamento cerca del mercader de callou?

—Soy yo quien le aconsejó eso á maté Amoudou (ó jefe Amoudou), —respondió sin vacilar el vindicara.—A maté Amoudou le gusta mucho beber; cuando le digo que ya es bastante se incomoda; y si el campamento nuestro está léjos, tengo que vigilar á los bueyes y no puedo yo beber nunca, y por eso aconsejé á maté Amoudou que estableciéramos el campamento cerca de los tchandos, pues de este modo podríamos beber y vigilar á los bueyes.

No pude ménos de sonreirme al oír la sencilla explicacion del vindicara; éste no se hallaba en el mismo estado que el nubio; por consiguiente, le mandé que llevase á su camarada á la casa, y que le recordase que al día siguiente por la mañana debia estar á primera hora en el Oriental-Hotel.

Y proseguí mi camino sin volverme á ocupar de aquel ligero incidente, que se renovaba en cada estacion que hacia en los centros habitados. En cuanto el negro probaba los licores fuertes, ya no era dueño de sí; pero felizmente el negro era muy sobrio durante el viaje.

Estaba á una milla de Colombo, cuando distinguí en una pequeña playa de arena, bañada por las olas del Océano, cuya espuma parecia de

plata á los rayos de la luna, un gran fuego, alrededor del cual unos veinte cyngaleses de ambos sexos estaban agrupados medio desnudos, cuidando sin duda de cómo se cocia su cena.

Creí al principio que serian pescadores retrados en el mar; pero aproximándome más, reconocí ser un grupo de individuos pertenecientes á la casta despreciada de los rhodias, que son los párias de Ceylan. Tres ó cuatro jóvenes que no tenían más traje que sus largos cabellos, cantaban, acompañándose de la kenmora, algunas estrofas del canto popular que el poeta pária Tirouvallou-ver ha compuesto en honor del amor.

Sobre las costas del Malabar y de Coromandel, en el país tamoul y en Ceylan, los versos de este poema se oyen por todas partes, cantándose los días de matrimonios, cuando el vindicara conduce sus bueyes, cuando el macoua, en sus excursiones aventureras, persigue á los salmones negros del cabo Comorin, mezclando su armonioso canto al ruido de las olas. Las bayaderas lo recitan por las noches, pues como sacerdotisas del amor, dejan al bailar caer sus últimos velos como una suprema provocacion.

«¡Oh, flor anicha, salud! Salud, la más bella de las flores; pero la que yo amo es más bella que tú.

*
* *

«Mi corazon late de júbilo al comparar sus hermosos ojos, que son más bellos que la más bella y hermosa de las flores.

*
* *

«Su tez tiene la frescura del botón de la flor cuando

se abre. Sus dientes son tan blancos y tan hermosos como las perlas. Sus ojos resplandecientes y hermosos; cual dardo, traspasan el corazón. Su cuerpo despide un suavísimo perfume.

*
* *

»Cuando mi amante se presenta revestida de todas sus joyas, la flor del loto, humilde y avergonzada, se esconde.

*
* *

»En las horas del amor, el lecho donde descansa mi amada se cubre de hermosas, frescas y olorosas flores.

*
* *

»Es tan radiante su rostro, que el espíritu de las aguas lo confunde con la luna.

*
* *

»Empero su rostro es más hermoso, más claro, más diáfano, y no tiene manchas como el del astro de la noche, ni se oculta al aparecer el día.

*
* *

»La luna nunca, por más esplendentemente que brille, puede ser comparada con mi amada.

*
* *

»¡Oh, luna! Te amo porque tú alumbras su hermoso rostro, y porque cuando no la veo, al mirarte la recuerdo.

*
* *

»¡Oh, luna! Si tienes pretensiones de igualarte en belleza á mi amada, vela, vela tus rayos; nunca podrás

igualarla, nunca podrás ser tan bella como ella, pues su deslumbradora belleza causa envidia y hace palidecer el loto sagrado.

*
* *

»Es tan delicada mi amada, que la hoja de la rosa y la pluma del cisne hieren con su contacto su breve, hermoso y delicado pié.»

Nuestros idiomas del Norte no expresan bien esa poesía exagerada del extremo Oriente, emanada siempre de las sensaciones que se experimentan; resultando de esto que nos faltan palabras para expresar todos los matices del sentimiento oriental.

El origen de la casta rhodia en Ceylan es casi el mismo que el de los párias en la Gran Tierra.

«Antiguamente la casta rhodia, dice el orientalista Dubois de Jancigny, compuesta de gentes degradadas por haber conservado las costumbres carnívoras de sus antecesores ó por crímenes de alta traición, no estaba admitida á pagar sus impuestos más que á cierta distancia. Esta gente como cuanto tiene á la mano, hasta los cadáveres de los animales.

»Cuando un rhodia veía á un goewanse (clase elevada), tenía que saludarle y alejarse. El carácter de los rhodias corresponde naturalmente á su triste destino; están enteramente desprovistos de moralidad. Sus usos y costumbres presentan una analogía extraordinaria con los de los bohemios. La distinción ignominiosa que secuestraba aquella raza del resto de la nación, y las vejaciones de toda clase de que era objeto desde hacía más de dos mil años, han acabado con la dinas-

tía que mantenía aquella deplorable degradación. Hay que advertir que las mujeres de aquella raza maldita pasan por ser las más hermosas de la isla.»

Aunque al presente la ley inglesa no haya sancionado el estado miserable á que las antiguas costumbres del país habían condenado á los rhodias, su situación sigue siendo tan degradante como ántes. Todas las castas se reúnen para rechazarlos de su sociedad, y ellos mismos tienen tal conciencia de su inferioridad, que no hacen esfuerzo alguno para sobrepujar el anatema que los rodea. Sin habitación fija, errando sin cesar de un país á otro, no conservan afición á las costumbres civiles y religiosas del país, y en esto se funda el horror que los indios experimentan por ellos, horror comparable tan sólo al que les producen los animales más inmundos.

Estos nombres genéricos de rhodias y párias comprenden, dice Dubois, una multitud de castas nómadas que aumentan el número de esos seres degradados y envilecidos que pululan entre los pueblos de la India y de Ceylan.

Una de las más numerosas entre estas tribus lleva el nombre de kouravers; está dividida en dos ramas, siendo la profesión de unos el comercio de la sal, que van en grupos á buscar sobre la costa, y que transportan al interior del país sobre pequeños asnos, de cuyos animales tienen numerosos rebaños, cambiando este artículo por granos de buena salida en la costa, adonde vuelven despues de hechas las transacciones.

Toda su vida se pasa así corriendo de un sitio á otro, sin fijarse jamás en ninguna parte. Hay otros que fabrican cestas de bambú, y que se ven

igualmente obligados á viajar para vender sus productos.

Los kouravers tienen para hablar entre sí un dialecto particular que sólo ellos entienden. En fin, sus costumbres y sus usos tienen gran semejanza con esas bandas errantes conocidas en Inglaterra bajo el nombre de gypsies, en Francia bajo el de bohemios, y en España bajo el de gitanos.

Las mujeres dicen la buena ventura á quienes les consultan, y mientras que la persona que quiere saber su horóscopo, sentada enfrente de la adivinadora, le tiende la mano, ésta, tocando sobre un pequeño tambor, hace la evocación de sus dioses ó demonios y pronuncia en voz alta y con precipitación una larga serie de palabras barocas. Hecha esta preparación, aparenta seguir con escrupulosa atención todas las líneas de la mano del crédulo que la consulta, y acaba por predecirle el bien ó el mal que puede sucederle.

Se han hecho muchas pesquisas para saber de dónde provienen esas bandadas de vagabundos que recorren la Europa diciendo la buena ventura. Yo creo que sería muy conveniente y de un gran interés etnográfico observar de cerca las costumbres de los kouravers y los rhodias de la India, para compararlas con las de los bohemios nuestros.

Las mujeres de esas tribus son las que dibujan esas figuras de flores y animales que surcan los brazos de los jóvenes indios. Los rhodias son generalmente inclinados al robo, y aprenden por principios el arte de robar con destreza, estando habituados desde su infancia á todas las prácticas

y astucias de esa profesion. Con este objeto, sus padres les enseñan á mentir obstinadamente, ejercitándose desde su más tierna infancia en sufrir toda clase de tormentos ántes que confesar sus fechorías. Léjos de avergonzarse de su profesion, cifran su gloria en ella, y cuando no tienen nada que temer, se jactan públicamente de los robos atrevidos que han cometido en diferentes sitios.

En el tiempo de los rajahs, cuando los cogian *infraganti* los jueces, les hacian cortar la nariz y las orejas ó la muñeca derecha, y ellos enseñaban con ostentacion sus mutilaciones ó cicatrices, como una prueba de su valor; y éstos generalmente se escogen para jefes de las tribus.

En algunos Estados de la India sometidos á los príncipes del país, dice el orientalista ántes citado, *los ladrones estaban hasta cierto punto autorizados por el gobierno, que toleraba sus depredaciones mediante una suma convenida, ó á condicion de que pagasen al colector del distrito la mitad del valor de todo el botín que pudiesen hacer.*

El padre del último rajah, que reinaba aún hace algunos años en el Maissour, bajo el protectorado de los ingleses, tenia á su servicio un batallón regular de esos kouravers, que empleaba no en combatir al lado de sus tropas, sino en arrasar el campo enemigo durante la noche, robar con destreza los caballos, escamotear los equipajes de los oficiales, clavar los cañones y hacer el oficio de espías.

En tiempo de paz se los enviaba á los Estados vecinos para robar en provecho de su amo y espiar las maniobras del jefe que los gobernaba.

Los principillos del país, que se designaban ántes con el nombre de paliagares, han tenido siempre á sus órdenes cierto número de esa clase de gente.

En las provincias en que los gobernantes tenían secreto interior en proteger aquellos ladrones, los pobres habitantes no tenían otros medios de ponerse á cubierto de sus depredaciones que entrar en tratos con los jefes de la banda y pagarles una contribucion anual, que era generalmente de media rupia y de un ave por familia, y mediante esta contribucion, se veia el pueblo libre del pillaje.

Entre esas tribus hay una, que es la de los *soukalers*, que es la que inspira más terror á los habitantes pacíficos.

La creencia popular les atribuye la horrible costumbre de inmolar víctimas humanas en la época de sus fiestas. *Se dice* que cuando van á hacer aquel espantoso sacrificio, roban furtivamente la primera persona que encuentran, conduciéndola á un lugar desierto, en donde la entierran en un hoyo hasta el cuello, formando en seguida con pasta una especie de lámpara que le ponen sobre la cabeza, llenándola de aceite y encendiendo cuatro mechas que ponen dentro de ella; despues de lo cual los hombres y las mujeres, cogiéndose por la mano y formando círculo, bailan alrededor de la victima, lanzando grandes gritos y cantando hasta que espira.

Yo no he podido averiguar por mí mismo la exactitud de esta leyenda; pero siempre que pára uno en los pueblos de la costa malabar, oye contar las cosas más extrañas sobre esa raza maldi-